



Tramas y trampas de un género que sigue construyéndose: el libro-álbum

Mariel Rabasa (UNS)

María Marcela Ramírez (ISFD N° 17/Instituto Canossiano San José)

Comprender también es un placer

M. Joly (2009: 54)

Tramas para una trama sin trampa

Un libro en nuestras manos... Con esta frase damos inicio al texto crítico *Desbordes. Una mirada sobre el libro-álbum* que aproxima definiciones y modos de leer una cuidada selección de libros pertenecientes a un género que se construye y evoluciona día a día. En ellos las urdimbres otorgan los discursos y la materialidad necesaria para que desde sus tramas -escritura e imagen- se recree una, pero con múltiples posibilidades. Por esta razón, la categoría seleccionada para el análisis es la de *modos de leer* (Rabasa & Ramírez, 2012).

Lo visual y lo verbal, acompañado por la dimensión paratextual y por los recursos empleados en el proceso de edición, se encuentran en constante diálogo que no siempre se muestra armonioso de acuerdo con la lectura que cada lector construye y con el tipo de *afectación* (Klibansky, 2006) que se presenta entre dichos lenguajes; esto permite pensar en una autoría tendiente a la tripartición, una colaboración necesaria entre los autores de los discursos involucrados y el editor (Rabasa & Ramírez, 2012a). En ese entretejido, en el que el lector tiene una participación sumamente activa, se realiza la práctica social de la lectura, la que varía también históricamente (Culler, 2004: 81). Sin embargo, estas *tramas* pueden tornarse *trampas* si no atendemos a ciertos aspectos. De modo que proponemos discutir tres posibles trampas.

Trampa primera: ver sin atender

La minimización de la imagen: ramas verdes y ramas secas mezcladas en la inmensidad del bosque

Adentrarse en un bosque es perder de vista, en muchas oportunidades, las enormes dimensiones del conjunto frente al crujido de las ramas y las hojas que vamos pisando. Pero

el bosque es un todo: es la pisada y también el recorrido que hacemos dentro de él, en el que conjugamos árboles diversos, aromas, colores y sensaciones; todos los sentidos puestos en juego.

Muchas veces, frente a determinados libros, caemos en la primera trampa: pensar en las imágenes como complemento. Las historias que nos han hecho lectores les asignaron a la ilustración -en líneas generales- un rol de carácter subalterno. Sin embargo ellas se han grabado en nuestra memoria, ya que las versiones de algunos clásicos -si fueron leídas por o para nosotros- seguramente dejaron la huella de esas ilustraciones. La imagen está y nosotros dialogamos también con ellas. Algunas veces en ese rol subalterno pero otras veces -como en este género- con un carácter constructivo. Definir el modo en que incide este lenguaje para la construcción de sentido, depende del lugar asignado y de la manera en que nos comportemos frente a ello. De manera que debemos imperiosamente estar atentos a la mirada para no caer en la trampa.

Avancemos sobre la imagen. Ese posicionamiento de la ilustración es diverso en relación con el tipo de vínculo que entable con el lenguaje verbal. Silva Díaz (2005: 41) -recogiendo el análisis de Nikolajeva y Scott- plantea relaciones de *simetría*: si texto e ilustraciones dicen lo mismo; de *realce*: si las ilustraciones amplían lo que dicen las palabras, o las palabras expanden la ilustración y se produce una dinámica más compleja entre los dos códigos; de *complementariedad*: cuando el realce es muy significativo; de *contrapunteo*: las imágenes y las palabras colaboran para crear sentidos que van mucho más allá del alcance de cada una de ellas; de *contradicción*: es un caso extremo de contrapunteo, en el que las palabras y las ilustraciones parecen estar en oposición unas con otras. Esta ambigüedad desafía al lector para establecer una verdadera comprensión. Por lo tanto, atender a las formas en que dialogan los lenguajes permite ver cómo se generan significaciones.

Focalizaremos en los vínculos de contrapunteo y contradicción entre los lenguajes.

Algunos ejemplos bastan para mostrar los cambios en relación con la imagen: Liao, Isol, Wernicke

La tradición de libros para niños nos inscribió en esa aparente *simetría* entre texto e imágenes, pero sabemos que estas últimas semantizan el discurso verbal. Podríamos afirmar que logran la circunscripción de ese discurso a un modo de verlo sin generar nuevos aportes. Sin embargo, el desarrollo de la ilustración en estos dos últimos siglos permitió, por un lado, su consideración como manifestación artística y, por el otro, un camino de mayor independencia debido a la influencia sustancial del desarrollo de las tecnologías. En el presente este género permite un alto grado de libertad, hasta tal punto que también -dentro de

la caracterización más general de libros-álbum- se encuentran textos carentes de discurso verbal.

A nivel internacional pensemos en Jimmy Liao. *Escondese en un lugar del mundo*, decididamente entabla un contrapunteo entre la imagen y el texto: abundancia visual y economía verbal. Un pequeño interpela al lector poniendo en juego la verdad de su enunciado o el de otros personajes que lo acompañan en el reconocimiento de su propio lugar en el universo, pero nunca deja de lado la verosimilitud de cada una de las escenas propuestas. El libro permite adentrarse en universos pictóricos en el que las huellas del ilustrador son reconocibles promoviendo un discurso intertextual desde lo visual (*La piedra azul, Desencuentros, El sonido de los colores, La noche estrellada, Hermosa soledad* y tantos otros). Cada doble página -como un modo de encarar el proyecto- es un escondite de los tantos posibles, múltiples y diversos, en el que el protagonista encuentra su modo de ser y de estar en determinados fragmentos del espacio y del tiempo. Un discurso poético recortado en cada página acompañado por la exuberancia de las ilustraciones para perderse y encontrarse en los distintos escondites.

A nivel nacional -y ofreciendo ese mismo contrapunteo entre lo visual y lo verbal- no podemos dejar de mencionar a Isol, quien logra en sus libros una síntesis natural de su pasión por el cómic de autor, la literatura y la plástica. Instalada desde hace años en el género ha pasado de ilustrarlos a ser también quien escribe las historias. Su producción fascina por la visión particular del mundo que lleva a recorrerlo de la mano del niño. Este pequeño mira al universo, que como hemos planteado en otras investigaciones², es un universo particular, *universol*: un modo particular de comprender e interpretar el entorno y la construcción del yo, sin las restricciones a las que la tradición de la infancia literaria nos ha acostumbrado. Esta *ruptura* de reglas también se manifiesta en la ilustración: luces y sombras, quiebre de contornos, marcos que se incorporan dentro de las imágenes, la vivacidad de los colores con su siempre reducida paleta, el humor particular y un lenguaje profundo con voz propia.

María Wernike resulta impostergable. Proviene del ámbito de la ilustración creando sus propios libros-álbum y su obra se encuentra en pleno auge. Hemos seleccionado en esta oportunidad *Un señor en su lugar* que plantea -desde el análisis de los discursos imbricados- el juego de contradicción. Leer y mirar -y volver sobre ambos lenguajes- es un requisito necesario para construir sentidos en esta obra que apela a la dimensión onírica. El discurso verbal difiere de la propuesta visual. El personaje, un innominado “señor” que no tiene rostro

²Rabasa & Ramírez (2012) “Universol o Isol y la ruptura de las convenciones” en Un territorio en construcción: la literatura argentina para niños: Actas de las cuartas Jornadas Poéticas de la Literatura Argentina para niños, compilado por Sardi y Blake, UNLP.

definido y apenas puede vérselo, y que aparece en una forma casi etérea, tiene las posibilidades de flotar, de permanecer, de recorrer la dimensión del sueño mediante el recurso que le ofrece la doble página. Los tamaños y las actitudes que va adquiriendo a medida que la descripción de sus pasajes se desenvuelve, conservan siempre cierta labilidad, tanto frente a la sensación de movimiento como de quietud que provoca esta relación imagen-texto. En distintos ambientes por los que transcurre -siempre en actitud volátil- asume una coloración más intensa dentro de una determinada gama, pero es parte de esos paisajes oníricos que remiten a intertextualidades visuales tanto de René Magritte como de Salvador Dalí.

En esa inmensidad del bosque podemos detenernos a observar cómo cada minúsculo detalle conquista sentido: la nervadura de una hoja que comienza a destellar, la rugosa piel de un viejo árbol, el temblor del follaje; así como en un buen libro-álbum las ilustraciones y la escritura, incluso la edición del libro, capturan el todo.

Trampa segunda: el lugar del estante.

Niños para estos libros, pero ¿sólo para ellos?

Una biblioteca o una librería nos permiten ver un modo de catalogación que genera controversias. Si bien parece que estos libros pueden ubicarse en los estantes de “literatura infantil”, una recorrida pormenorizada y un necesario e imperante paseo por sus páginas, interrogan sobre su ubicación espacial y cuestionan si este género díscolo habilita otro espacio de transición para vivenciar desde la infancia.

En el ámbito internacional podemos mencionar a Jutta Bauer, autora de *Selma*, la serie de *Emma*, *El ángel del abuelo*, *Una pequeña casa en el bosque* y *Madrechillona*. Focalizamos en este último. El título reúne la característica sobresaliente de la progenitora y el consecuente vínculo con el coprotagonista. Desde una primera persona, el pequeño pingüino describe los efectos del grito de su madre: la dispersión de su cuerpo en el universo, y la extrema dificultad para recomponerlo. Desde la mañana cuando declara como ocurrido el incidente, al atardecer -perdido en el desierto y evidenciado por el lenguaje visual- el pequeño trata de sobreponerse, pero solo no lo consigue. En el extremo de su fragilidad, aparece su madre reuniéndolo, con la imagen de la costura como metáfora y a modo de reparación. La hipérbole es el recurso por excelencia empleado en ambos discursos, que se contrapone con la simpleza y la economía de la resolución en la respuesta: una sola palabra en boca de su

madre. Regresando a la trampa planteada como interrogante, nos preguntamos si no es el modo de leer el que le asigna un lugar en el estante a esta obra que apela de diversos modos a los diferentes lectores.

Es posible que *Juul* de Gregie de Maeyer y Koen Vanmechelen resulte difícilmente ubicable. Juul es el personaje que acciona en función de las voces-burlas de los otros. Esto lo conduce a un camino casi sin retorno del que pareciera salvarlo un nuevo encuentro humano, convirtiéndose la escritura en el medio de comunicación. La dialogicidad intensa entre los discursos permite atemperar -mediante la figuración de la imagen- el proceso de mutilación que el personaje se autoinfringe, pues acata otras voces minimizando la suya. La reparación se incorpora casi en el final, permitiéndole un giro al argumento y resignificando el lugar del otro.

Libros-álbum que incorporan temas como la muerte también hacen dudar de su lugar exclusivo en el estante para niños como *El pato y la muerte* de Wolf Erlbruch, *Nana vieja* de Margaret Wild e ilustrado por Ron Brooks, *No es fácil pequeña ardilla* de las españolas Elisa Ramón y Rosa Osuna o bien aquellos que tratan acerca del holocausto como *El niño estrella* de Rachel Hausfater-Douïeb y Oliver Latyk y *Rosa Blanca* de Roberto Innocenti.

En lo relativo a nuestro ámbito, nuevamente Isol hace temblar las estanterías. Respecto del vínculo madre-niño, la ilustradora y escritora argentina lo hace a través de la pequeña niña protagonista de *El globo*, quien apela al deseo de transformación de la madre debido a sus insistentes gritos materializándose de manera muy particular. De este modo la protagonista logra pasearse serena, sin la estridencia de la voz, de la mano de la mamá-globo. Mundos posibles en los que se resuelve de modos diversos un tema que se torna problema para los pequeños protagonistas y que deja pensando a los lectores adultos.

Insertos en esta dificultad para su ubicación en los estantes, es posible pensar en otros dos libros: *Lo que escuchó un pajarito* escrito por Iris Rivera e ilustrado por Claudia Degliouminiy *Maqueta*, escrito por la misma autora e ilustrado por Luciana Fernández. Ambos descolocan al lector por el tratamiento de la temática y por la propuesta estética que las ilustradoras ofrecen para dialogar con el lenguaje verbal. El primero, debido a que en esa configuración del personaje, un sencillito pajarito, está leyendo y a partir de las voces populares que resuenan en sus diversos recorridos, descubre su deseo de cantar, pero las voces escuchadas y mezcladas se dispersan en el aire, como si tuvieran libre albedrío conformando nuevas canciones. Se manifiesta la tradición cultural que nos atraviesa -particularmente en el ámbito urbano nacional- y la posibilidad de recreación, típica del folclore: hacer de las voces una nueva voz. Juega asimismo con la recreación de palabras y con la poesía popular,

mientras que la imagen proporciona datos para ver que este personaje se alimenta de palabras y en su casa los libros ocupan mucho espacio.

El caso de *Maqueta* es una construcción colectiva, un yo colectivo que debe enfrentar al poder, lo que permite comprender el estado de la cuestión: para “la Anselma” y sus amigos no habrá posibilidad de intercambio porque los separan las esencias. Una inundación muestra el desastre al que los pobres se ven sometidos y la parafernalia que continúa por parte de los poderosos para la supuesta reconstrucción del pueblo. Cuando por vez primera se acercan aldeanos y poderosos, las naturalezas -papel y plástico- se ponen frente a frente sucediendo diversas e irreconciliables.

De manera que este género díscolo por múltiples razones, amerita un estante cuidado y pensado al que se pueda tener acceso desde la infancia y retornar con el paso del tiempo. Los libros están allí, en el estante, para que cada lector pueda servirse de ellos y abrir la tapa para entrar en el mundo compartido de la ficción, de la literatura, de la imagen y del diseño gráfico. “El libro-álbum inicia la historia antes de llegar a la primera página y finaliza mucho después de la última frase en una cuidadosa construcción de objeto artístico.” (Rabasa & Ramírez, 2012: 49). Acorde con nuestra concepción de lectura como experiencia, ubicamos estos libros- álbum en un estante para ser revisitado, y las lecturas de este género abrirán en cada oportunidad diversos *modos de leer*. La altura del estante sería una buena pregunta, y nuestra respuesta: al alcance de todos.

Trampa tercera: pensar que Teseo encontrará solo la salida

¿Acerca de la comodidad del lector?

El Minotauro acechaba a Teseo y éste con la ayuda de la joven Ariadna -quien le tendió un hilo como instrumento de salvación- logró vencerlo. Del mismo modo que Teseo y Ariadna tejieron la historia del Minotauro, detrás de grafías de tamaños diversos y de formas variadas, de un marco elegido *ex profeso* -o bien por su ausencia-, detrás de un tono claro u oscuro en las imágenes, de un brevísimo texto verbal, de formatos sorprendentes, de una guarda, de lecturas atentas, de imágenes que nos descolocan...detrás de todo, encontramos ese hilo que nos permite construir sentido. Por ello, pensamos en la propuesta de Graciela Montes (1999), enunciada en *La frontera indómita*: la incomodidad que no deja de ser grata.

Las experiencias como lectores se amplían en relación con las lecturas, con su diversidad. De acuerdo con las propias historias podemos hallar pistas que estarían perdidas si

pensáramos que es posible encontrarlas pasivamente arrellenados en un sillón. Estos textos proponen ese modo de leer en el que el diálogo también se entabla con el lector; no es cuestión de estar pasivos y cómodos frente a esta lectura, a dedicarse simplemente a leer el discurso verbal o a alejar el visual o bien no prestar atención a los guiños sino que allí están esperando despertar la incomodidad, tendiendo un hilo dorado.

Compartimos la obra de David Cali, ilustrada por Serge Bloch, *Yo espero*. Una línea colorada que se torna multiforme va recorriendo distintos momentos de ese *yo* que siempre conjuga el mismo verbo con diversos propósitos. Los ciclos vitales, las convenciones sociales, las alegrías y decepciones atraviesan la historia mínima, explorando al máximo momentos que son llaves de cambio en las relaciones humanas, en las vidas de las personas. Los colores son trascendentes para la comunicación, lo acotado de la paleta cromática colabora con ello y la preponderancia de esa línea roja en distintos ángulos y sobre diferentes fondos -sumado a la limitación léxica pero con la connotación semántica del verbo- determinan la construcción de sentido que dependerá del lector. La propuesta está presentada para *incomodarlo*.

La Caperucita Roja de la argentina Leicia Gotliwoski, relea la tradición desajustando las convenciones que ciertas instituciones propusieron para este personaje de occidente. De modo tal que con una mirada desde el siglo XXI, esta pequeña -que en el desarrollo del relato deviene en mujer- es historizada, y aunque sin ser nombrada, la ilustración muestra nada menos que a María Antonieta, heredera del trono de Francia.

Saracino y Bernatene en *Agendas monstruosas*, despliegan el recurso de la parodia. La tradición literaria que se ocupa de generar miedo encuentra un espacio de distorsión en la que los personajes que han cumplido este rol, dejaron de hacerlo. Se describe bajo la propuesta del género discursivo *agenda* para ver la posibilidad de aquello cotidiano que dirige la vida -en este caso- de los monstruos. El recorrido por los personajes que han enriquecido la historia cultural, no se deja esperar: “El hombre Lobo” en clara alusión al cuento tradicional pero absolutamente del lado del humor, “Frankenstein” en un hermoso jardín de Bambi en un significativo viernes 13; un “Drácula” somnoliento un martes 13, cuya agenda de letras góticas hechas con una significativa tinta roja, anuncia solo en horas nocturnas: “Salir a romper la noche”, “Afilarme los colmillos” y “Pasar a buscar la capa por la lavandería” entre otras cómicas propuestas. De modo que a partir de las páginas de diferentes personajes que conforman la obra, el lector debe estar atento no sólo a la información de las acciones escritas en ella (en clara relación con otras páginas del resto de del libro) sino a los datos que las imágenes revelan, los días significativos que en ellas aparecen, el diseño de las páginas en

relación con el contexto en el que los personajes se desenvuelven y tantos otros detalles que no pueden soslayarse.

Esta especie de incomodidad grata se pone también de manifiesto en la lectura de *¿Puede volar un cangrejo?*, escrito por Graciela Repún y Florencia Esses e ilustrado por Javier Peña. Sentencias, dichos y frases célebres están a disposición del lector en las páginas de guarda que -acordando con una característica del género libro-álbum- toma rédito de la materialidad del libro. Esta serie de expresiones diversas se entretajan, por un lado, en el trabajo del lector para proponer miradas del mundo, universos posibles que podrán o no existir a partir del lugar que adopte quien lea, y por el otro, estar atentos a quienes protagonizan las imágenes que se dan cita en cada doble página. Aquí se bifurcan las opciones: algunos creen posible los sucesos y otros no. Conocer a los personajes es una tarea que también queda en manos del lector y su intertexto, pues muchos de ellos son fácilmente reconocibles por la imagen ya que las ilustraciones son figurativas, y abren puertas para ser traspasadas por la investigación del lector. Lejos de una propuesta narrativa -concretamente enumerativa- la concatenación de interrogantes es respondida por personalidades célebres de la historia, de la cultura, de la ciencia o del arte, entre otros, es decir, que desde los múltiples campos se pueden comprender las huellas que han dejado. La sorpresa ante la lectura y el humor que esta simbiosis genera, hacen que -como Teseo- necesitemos de un hilo dorado para atravesar el camino y encontrar la salida.

Conclusiones

Nos hemos propuesto atender a tres aspectos en los que es necesario detenernos a reflexionar cuando leemos libros-álbum, a partir de la muestra de un corpus en los que han pasado autores nacionales e internacionales.

En los libros-álbum -en los que la labor del autor, del ilustrador y del editor armonizan en el sentido etimológico del término- se permite ese lugar que se conforma en la simultaneidad entre imagen y texto, y también en la relación que se establece con los de su entorno próximo, algunas veces incómodo para el lector -como un integrante más- en sus experiencias de lectura. Por ello, cuando ese juego de leer se pone en acto, logra él también eliminar la letra “p” en trampa para ir descubriendo el entramado.

Libros-álbum citados

Bauer, J.(2010), *Madrechillona*. Salamanca, Lóguez.
Cali, D.; Bloch, S. (2008), *Yo espero*. México, SM.
Esses, F.; Repún, G. (2010), *¿Puede volar un cangrejo?* México, Océano- Travesía.
Gregie de Maeyer & Koen Vanmechelen (2011), *Juul*. Salamanca, Lóguez.
Isol (2002), *El globo*, México, Fondo de Cultura Económica.
Liao, J. (2010), *Escondarse en un rincón del mundo*. Malasia, Bárbara Fiore E.
Rivera, I.; Degliuomini, C. (2012), *Lo que escuchó el pajarito*. España, Edelvives.
Rivera, I.; Fernández, L. (2012), *Maqueta*. Buenos Aires, Calibrosopio.
Saracino, L. & Bernatene, P. (2008), *Agendas monstruosas*, Buenos Aires, Unaluna.
Wernike, M.(2010), *Un señor en su lugar*. Buenos Aires, Edelvives

Bibliografía

Culler, J. (2004), *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona, Crítica.
Klibansky, M. (2006), “El origen de una especie: los libros álbum de Anthony Browne” en: *Cuadernos de literatura infantil y juvenil (CLIJ)*, 190, pp.7-14.
Joly (2009) *Introducción al análisis de la imagen*. Bs As: La Marca Editorial.
Rabasa & Ramírez (2012), *Desbordes. Una mirada sobre el libro-álbum*, Bahía Blanca, EDIUNS.
Montes, G. (1999), *La frontera indómita. En torno a la construcción y la defensa del espacio poético*. México: Fondo de Cultura Económica.
Rabasa, M., Ramírez, M. M. (2012a), “Leer en el siglo XXI: los libros-álbum”, en: *III Congreso Internacional de Literatura para Niños*. Producción, Edición y Circulación. Primera Edición Simultánea Binacional. Octubre 2012.
Silva Díaz (2005), *Libros que enseñan a leer: álbumes metaficcionales y conocimiento literario*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona [en línea]